

Wael y las estrellas por Maruxa Duart Herrero

Monólogo

[Entre azulados oscuros, pequeños brillos blancos ocasionados por los fusiles y la negra noche, un actor, a modo de un trovador antiguo, narra a modo de cuento, sugestiva y teatralmente, la historia de un niño, Wael, en el periplo de la huida de su familia de la guerra de Siria. Las escenas han de encuadrarse en imágenes de guerra y los cielos de Wael. Los claros y oscuros, sonidos y música completarán los efectos especiales que acompañarán el texto.]

Una amplia sonrisa amaneció en el pequeño Wael, procedente de Idlib, ciudad Siria norteña, al observar el vuelo de mamíferos famélicos, gatos monteses y liebres. Sólo un pelícano y una abutarda, pararon en su carrera a contemplar curiosos la lluvia de morteros. Corrían en veloz huida, compitiendo con Wael, amarrado a su padre Omar y a sus grandes zancadas, herido, mientras en el desierto, únicamente lagartos y camaleones permanecían cotidianos, irguiendo sus colas como únicos supervivientes de aquel inhospitalario, desapacible y pelado pedazo del planeta.

Omar, traductor del Sunday Times, huía como los otros de los bombardeos constantes y de la violencia infinita una noche gélida y tenebrosa flechada por la mala fortuna, a escape del cerco y artillería del ejército de yihadés.

Deslizábanse por entre túneles y tuberías tras corromper a soldados, con la intención, no de rescatar de entre las ruinas heridos o muertos, un pedazo de pan duro o un puñado de arroz, sino de vadear la vida y subsistir.

Wael preguntó a su padre adónde iban. Omar, quiso, mediante una astrosa tela, preservar a su hijo del tufo de cadáveres en medio del vaho y la niebla que acompañaban al grupo de civiles, guerrilleros y dos periodistas extranjeros.

Los cometas cruzaban meteóricamente ante los ojos de Wael que adivinaba en el firmamento oscuro sin palabras, el hado de su destino. Todos los sinos posibles, flotaban en el aire, ante los negros y expresivos ojos del niño, forjando en círculo una humareda que se extendía en espiral hasta el cielo.

Trataban de evadir el asedio, siguiendo el túnel que conducía hasta una vía proveedora de víveres y medicinas, castigada, cortada y vacía ahora. Para el hermoso Wael de apenas cinco años, sin embargo, la bocanada de hollín, húmeda y fría, semejaba una bóveda estrellada.

Wael, soñaba, a través de las palabras de su padre susurradas en su oído, que los doctores y enfermeras evacuados de la vía, aguardaban con polvos mágicos en la salida para retornar a la vida los fantasmas cadáveres que observaba vareados entre las piedras.

El espectro de la corrupción se presentó ante Omar, trayendo consigo las imágenes de niños deambulantes aturdidos por el hambre desde el bloqueo, muertos o vivos, forzados a comer hojas. La avidez de gentes hoscas con acceso a un lucrativo negocio de mercado ennegreció hirieron su rostro. Miró a Wael y su cálida mirada restituyó su fuerza.

En la cabeza de Omar, la música de Sabah Fakhri, encandiló su memoria. Sara, su esposa, cosía la colchoneta de vivos colores bajo los adornos que ella misma habían inventado. Y ofrecía dulces amasados por ella mostrando a través de su sonrisa un diente de oro. Ello, fue el preludio que oprimió violentamente el batir del corazón de Omar. “Cógete fuerte Wael, no te sueltes por nada.”, dijo. En eso se hallaba, cuando se sorprendió descubierto. Omar y los otros franqueaban el túnel que servía para infiltrar suministros, como antes lo hicieran otros muchos, pero un grupo de yíhades había descubierto la argucia y comenzó a bombardear la vía. A su lado, tres fallecieron ahogados en el valle de la muerte. Algunos occisos quedaron atrapados obligando a los otros a emprender una odisea incierta.

Poco después, el ejército de yíhades, accionó el agua que comenzó a inundar la cañería de la vía. El agua les llegaba a la nariz cuando Wael dijo: “Papá nos vamos a ahogar”. “No hijo”. Cierra la boca y piensa que tu madre Sara, y también tu hermana Rana, están cerca y dentro de poco podrás abrazarlas.

Wael, vio entonces, a los espectros aparecidos, con toda claridad, cabalgando a la grupa de caballos relinchosos y babeantes a punto de sucumbir, reventados ante la vanidad e insolencia de unos altaneros usurpadores de las leyes de la ética y de la decencia.

Aparecidos y desaparecidos al haz de los relámpagos y de las bengalas que sobrevolaban las cabezas iluminando el cielo como si fuera de día; el grupo fue esparcido en ese asalto.

Wael, se asomó a las estrellas, parcialmente cubiertas por la nieve que desplomaba gente a su alrededor mientras llovían balones de balas que el pequeño no acertaba a descifrar.

Omar transitaba adelante entre tinieblas, con el brazo derecho destrozado desde el ataque contra el centro de información, determinado a proseguir hasta extinguirse con su preciosa carga.

Al inimitable hedor de la muerte, la tufarada de atroz frío junto a los copos de nieve posados sobre las ruinas, Omar admitió ante su conciencia que Sara y Rana se habían perdido. Miró al cielo y rogó para que el reencuentro con ellas fuera lo antes posible. Pidió a Alá por ellas iniciando alguna plegaria. “Busca entre las estrellas Wael, ellas nos dirán dónde están Rana y tu madre.”

Wael dedicaba su tiempo a buscar entre las estrellas el rostro de su madre y de su hermana Rana, finalmente, aun cuando no pudo verlas, supo, por el perfume de Sara, que ellas los acaudillaban entre las ruinas.

Ante un nuevo bombardeo, Omar precipitó a su amado hijo a buen recaudo mientras cargaba sobre sí, consecutivamente, a cinco heridos que buscaron afanosos abayas, con el que camuflarse como mujeres.

Al borde del exterminio, cuidadosos de no hacer ruido, el grupo caminaba incurso a los costados de las posiciones yíhjudes, tan cerca, que Wael asomó la cara a la ventana de los soldados y los saludó con la mano. “No, Wael, pueden matarnos”, advirtió Omar.

Más tarde. Un francotirador dispara a una mujer del grupo en el vientre. Omar, se esconde para matarle, cosa que hizo. A cambio recibe una descarga eléctrica de ametralladora en el pie que le desamparó un poco más.

También la vida de un hombre de noventa años a quien Omar se había prometido velar, por ser su deber, se apagó ante los ojos anegados de Omar que nada pudo.

Por el día Omar y el resto supieron de los soldados saqueadores de casas, los mismos que efectuaban ejecuciones públicas y violaban a las mujeres que habitaban en el refugio sin excepción. El grupo, no sólo combatía y atendía a heridos, también recogía restos humanos a su paso cuando era posible: ojos, vísceras o mujeres partidas en dos, tras las matanzas.

Omar había sucumbido finalmente al sueño en la umbría de la noche. Las pesadillas se sucedieron, enmarañando profundamente su estado de ánimo. Dio un vistazo a la grisácea y ennublecida mañana, y rezó en silencio. Se estaba desangrando, apenas tenía fuerzas. De ahí que en la madrugada tomara una decisión, separarse del grupo en dirección a la costa turca en medio del Egeo.

Wael dormía a cuestas. Tardó muchas horas en llegar. Lo hizo en noche cerrada. En el puerto hubo de discutir fuertemente con los traficantes humanos, hasta conseguir, tras pagar cerca de dos mil euros euros, que les llevaran a Kos. Despertó a Wael. Colgó en su cuello el único chaleco salvavidas que había podido recabar. Más tarde, pondría rumbo a Canadá, donde pediría asilo político.

Sin embargo, la tenue y quebradiza lancha de goma se hundió a medio zarpar, tres hombres miedosos e incautos se levantaron cuando no debían, haciendo precipitar la lancha. Omar sostenía con fuerza la mano de Wael. Pero en un momento, sus dedos resbalaron, Wael notó como se deslizaban e hizo cuanto pudo para agarrarlos mientras chillaba: “papá, papá” No pudo ser, Omar había caído al agua. Siguió un buen rato a flote. La lancha se iba desinflando poco a poco. Estaba oscuro, se oían voces pidiendo auxilio. Una ola hambrienta barrió la voz de Omar. Wael que lo llamaba y buscaba con todas sus fuerzas, lo supo y la odió para siempre.

La barcaza de goma dejó de serlo. Pero de entre sus restos, una joven, Hala, de compleción fuerte, aunque de maneras suaves y tímidas, evocó angustiada la muerte a lo bonzo de su amiga Bouazizi en su acto heroico. Las luces de la orilla iluminaron y renovaron su brío. Hala se alzó, rápida, ató como pudo a Wael y a otros dos niños a ella y se dispuso arribar con arrojo a la isla griega de Kos braceando. Las olas nocturnas y

voraces pretendían devorarlos, pero Hala había sido militante obligatoria. En Siria, cualquiera que quisiera ingresar en la universidad o acceder a un trabajo gubernamental del Baaz, debía serlo. Hala remó y remó contraponiendo su coraje a la negra marea, que acechante, se hallaba segura de engullirlos. La tenaz y valiente Hala logró arribar, finalmente, aunque exhausta, a la costa donde los supervivientes fueron rescatados.

Wael dirigió sus redondos ojos al firmamento. Fue entonces que vio a Omar montado sobre la cola de un cometa que le saludaba con la mano. La sonrisa de Wael lució amplia y confiada, mientras Hala envolvía su cuerpecito para que se recostara un rato junto a ella.